

de cincuenta hombres de armas que regaló al rey, el cual le recompensó con quinientos escudos y el título de caballero.

Luis XII, sucesor de Carlos, VIII (1498), quiso desgraciadamente continuar las expediciones contra Italia, y apoderarse del Milanesado. Lo mismo en otras partes que en Italia, las tropas mercenarias constituían la principal fuerza de los ejércitos; lo demás eran milicias suministradas por los feudatarios ó por los Comunes durante cierto tiempo, y que de consiguiente volvían á sus casas y sus campos cuando espiraba el término. Cuando la autoridad del rey prevaleció sobre las locales, necesitó un ejército permanente y regularizado, y el primer ejemplo se vió en Francia bajo Carlos VII. En cuanto expulsó de su país á los Ingleses, estableció quince compañías de ordenanza, de cien hombres de armas, ó sean lanzas; y cada lanza estaba compuesta del hombre de armas montado, dos arqueros también montados, la persona que conducía el caballo de batalla y un paje. Mas adelante se añadió un artillero con arma de fuego, de modo que la lanza constaba de seis individuos.

En estas ordenanzas hacían su aprendizaje los jóvenes de la nobleza, primero como pajes y luego como arqueros. Aquella nueva gendarmería cobraba sueldo del rey, y no dando ya ninguna prerrogativa en el ejército el título de caballero, desaparecieron las banderas y los estandartes que acostumbraban llevar algunos vasallos á la cabeza de sus hombres, y asimismo la caballería como orden, desviada ya de su destino primitivo.

Tal era la organización de la caballería, única arma en que podía servir un noble. Los nobles que no se alistaban en aquellas ordenanzas, formaban la *retaguardia*, esto es, una milicia extraordinaria. También la infantería fué organizada por Carlos VII, el cual obligó á cada parroquia á suministrar y mantener por lo ménos un soldado de á pié, con el nombre de *franc-archer*, hombres que en caso necesario servían como las tropas ligeras de los antiguos.

Pero este método no podía tener importancia, cuando empezaban las armas de fuego y sobre todo la lanza. Los más famosos lanceros eran los Suizos, principalmente á causa de haber salido victoriosos en las guerras contra los mejores guerreros de aquel tiempo, los Borgoñones de Carlos el Temerario. Siguiendo su ejemplo y el de los lansquenetes alemanes, organizó también Francia los suyos, que sirvieron bien á Carlos VIII en su retirada del reino de Nápoles. Pero casi todos se tomaban de los Suizos ó de entre los aventureros que tiranizaban el país.

Luis XII trató de librarse de esta dependencia, estableciendo lanceros nacionales, é indujo por lo tanto á algunos señores á ennoblecer la tropa de á pié, formando bandas de infantes con la pica. Entonces muchos señores dejaron la lanza por la pica, y uno de ellos fué Bayardo, el cual, con cincuenta compañeros de armas,

derrotó trescientos caballos, obligándoles á refugiarse en Milan (1499); pero, encontrándose allí solo, fué cogido prisionero. El duque Luis el Moro le mandó traer á su presencia, asombrado de su temeridad: « ¡Y qué! le preguntó, ¿creéis tomar vos solo á Milan? » Su respuesta le satisfizo hasta el punto de ponerle en libertad inmediatamente, sin aguardar el rescate. Bayardo le ofreció que siempre que no se opusiese el interés de su señor y su propia honra, estaría á sus órdenes, y Luis dijo: « ¡Ay de mí, si todos los Franceses se os parecieran! » é hizo que le escoltasen hasta Binasco, donde el ejército francés se hallaba acampado.

Las primeras guerras de Luis XII en Italia tuvieron algo de miserable y de vergonzoso, habiendo hecho en ellas el principal papel el miedo y la traición, que apenas dejaban el campo libre á las empresas personales de los últimos héroes caballerescos, quienes presentaban ese extraño contraste que ocurre siempre al pasar de un estado á otro de la civilización. Así como la guerra carecía de lealtad, faltaba á los tratados franqueza y decoro. Italia no era más que una presa diplomática que se disputaban los fuertes; y en vano protestaba con estériles agitaciones contra el protectorado de los Bárbaros, en vano invocaba á los papas, que nada podían; obligada, pues, á dejar que los extranjeros hiciesen sus revoluciones, tenía que aceptar su yugo, y el último le parecía siempre el peor.

Quizá esto contribuyó á engrandecer la fama de Bayardo, pues obraba con generosidad y desinterés, uniendo la bravura á la bondad, mostrándose impetuoso y moderado, sencillo y grande, heroico y sensato. Sin embargo, como los valientes de la época, se cuidaba poco de la causa que defendía; fiel á la bandera y al rey, amaba las batallas, no tanto por la patria como por el honor.

El conde de Ligny marchó á castigar á Tortona, Voghera y otros países que se habían rendido á Esforcia; pero algunos diputados acudieron á aplacarle, prometiéndole fidelidad y ofreciéndole dos mesas cubiertas de vajilla de plata. Al principio prorumpió en terribles reprensiones, mas al fin se dejó apaciguar. « En cuanto á la plata, dijo á Bayardo, tomadla; » os la cedo para vuestra cocina. » Bayardo respondió: « Gracias; pero no admitiré bienes » de traidores, me harían daño; » y distribuyó la plata entre los presentes, no quedándose con nada. Ligny exclamó: « ¡Lástima que no haya nacido rey! » y le envió un magnífico vestido de terciopelo, forrado de raso, un caballo de gran precio y un bolsillo con trescientos escudos, que él repartió inmediatamente entre sus compañeros.

Es sabido que Luis XII se ligó con Fernando el Católico para conquistar el reino de Nápoles (1501); pero no tardaron en enemistarse, y se empeñó entre ellos la guerra. Bayardo combatió entonces, pero no con el conde de Ligny,

pues este se había resentido al ver confiada la empresa á d'Aubigny. Mientras estaba de guardia en Minorbino, fastidiábase Bayardo por no acometer una empresa digna de él, y un día exhortó á sus compañeros á ir á Andres ó Bartetta para encontrar con quien medir sus armas. En efecto, treinta jóvenes nobles salieron, y encontraron cuarenta ó cincuenta nobles á caballo, que conocieron eran Españoles en las cruces rojas, y los atacaron gritando: « ¡Francia, Francia! Aquellos respondieron: « ¡España, España! » y « ¡Santiago! » Después de una reñida pelea, Bayardo los desbarató, y cogió prisionero á Sotomayor, su comandante. Habiéndole conducido á Minorbino, le dejó libre dentro de la fortaleza bajo su palabra, hasta que llegase el rescate de mil ducados (1). Sin embargo, aquel soborno á un Albanes, y huyó con él; pero logrando alcanzarle, fué encerrado en la prisión, á pesar de asegurar que tan solo iba en solicitud de su rescate. En cuanto este llegó, Sotomayor volvió libre á Andres, y dijo que Bayardo se había portado con él como perfecto caballero; pero que desde que se le encerró en la cárcel, no se le había tratado como noble.

Sabedor de esto Bayardo, mandó á pedirle satisfacción, y respondiendo el Español que no era hombre capaz de desdecirse, se señaló tiempo y sitio para el duelo, á pié, armados de punta en blanco, con el yelmo y la visera levantados, estoque y puñal. Bayardo se arrodilló y oró en el campo de batalla, besó la tierra, tornó á levantarse persignándose, y marchó contra el enemigo, con la misma serenidad que si fuese á una diversion. Sotomayor le salió al encuentro con igual intrepidez, diciéndole: « ¿Qué me queréis, señor de Bayardo? » Bayardo contestó: « Quiero defender contra ti mi honor, que has ultrajado falsa y perversamente. » Y lanzándose uno sobre otro, siguieron combatiendo hasta que Bayardo hirió gravísimamente al Español, que cayó, y su padrino exclamó: « Señor Bayardo, es muerto; habéis vencido. » Bayardo (continúa su historiador) por cuanto tenía en el mundo, hubiera querido vencerle sin matarle; pero ya no era tiempo. Sacando, pues, el cuerpo y entregándolo al padrino, le dijo: « Señor Diego, ¿he hecho bastante? — Demasiado, señor Bayardo, para el honor de España, » respondió el padrino, y habiendo regalado Bayardo aquel cadáver, aunque le pertenecía, se le sepultó con todos los honores debidos.

Esto exacerbó más á los Españoles contra los Franceses, y durante la tregua había todos los días combates de diez contra diez, ó de veinte contra veinte, quedando los vencidos prisione-

ros de los vencedores. Bayardo sorprendió á menudo grandes convoyes y dinero, que repartía entre los camaradas.

Á la conclusión de la guerra, defendió solo por algun tiempo el puente del Garellano, contra doscientos hombres de armas españoles (1503), por cuya empresa se le comparó á Horacio combatiendo contra toda la Etruria, y fué su divisa el puerco espin con este mote: *Vires agminis unus habet*. Sostúvose aun algun tiempo en la Pulla con su compañía, después que el resto del ejército hubo marchado en derrota, y no salieron sino por expresa orden del rey.

Apénas curado de la fiebre cuartana que llevó de Italia y que le molestó siete años, y de un tiro de falconete que le rompió una costilla, Bayardo acompañó á Luis XII contra Génova, que habiéndose entregado á los Franceses, se sublevó luego, y no contribuyó poco á la toma de aquella ciudad. En 1509 Luis XII le dió el mando de treinta hombres de armas y quinientos infantes, con los cuales combatió bizarramente en Aguadello, donde Venecia perdió todo, excepto la prudencia, con la cual todo lo recobró. Bayardo, atacando por la espalda á los Venecianos, decidió la victoria, y en el resto de la campaña mostró tal valentía que Maximiliano exclamaba: « Señor de Bayardo, vuestro rey » es muy feliz en poseer un servidor como vos. » Perdería contento cien mil florines con tal de » tener una docena de hombres que os igua- » lasen. »

En efecto, en todas aquellas batallas, que afligieron entonces á Italia, preparándola al yugo inminente, Bayardo no desmintió un solo instante su lealtad, su valor, su firmeza de espíritu, y una gran fecundidad de recursos y estratagemas; siempre se encontraba en los ataques más peligrosos, y en las emboscadas, parte principalísima de las guerras de aquella época. Padua estaba sitiada é iba á empezar el asalto; con tal motivo el cronista describe todo el ejército atento á confesarse, á enterrar el oro ó confiarlo á los confesores, pues jamás se había visto tanto dinero en un ejército: « No dudo » (añade) que los curas se hubieran alegrado de » que todos los que les confiaban su dinero » quedasen en la brecha. » En dos millones de escudos se calculaba el botín hecho en el territorio paduano, de modo que cada día desertaban centenares de lansquenetes, llevándose á su país animales y muebles de todas clases. Los soldados de á pié alemanes no tenían valor para subir á la brecha, pues eran rechazados vigorosamente. Para animarles, Maximiliano escribió á La Palisse que echase pié á tierra con sus hombres de armas y subiese al ataque en unión de sus lansquenetes; pero Bayardo no se conformó con semejante orden, mientras se disponían á cumplirla los nobles que seguían á La Palisse, cansados de las noches frías y de la escasez de buen vino. « ¡Cómo! (dijo) ¿cree » justo el emperador exponer al peligro á tantos

(1) En aquel tiempo Gonzalo y el general francés habían tratado el rescate de los prisioneros, de modo que el soldado de á pié pagase el sueldo de un mes, y el hombre de armas el de tres meses; el capitán de infantería el de seis y el de caballería un año. En cuanto á los caudillos de fama, quedaba al arbitrio del capitán general, ULLOA, *Vida de Carlos V.*

» nobles entre la gente de á pié, compuesta de
» herreros, de zapateros, de veterinarios, á
» quienes el honor no importa ni con mucho lo
» que á la nobleza? Condes, barones, nobles hay
» bastantes en Alemania; que los haga echar pié
» á tierra con los hombres de armas de Francia,
» y les mostraremos gustosos el camino; des-
» pues seguirán los lansquenets. » ; Tal era el
desprecio que entonces se profesaba á la infan-
tería; tal el orgullo de la noble sangre! En
efecto, los jinetes alemanes contestaron á Maxi-
miliano que su obligacion era combatir á
caballo y no á pié, y que no les correspondia
subir á la brecha; de modo que fué preciso
levantar el sitio.

En 1511 Bayardo formó parte del ejército en-
viado á sostener á Ferrara contra Julio II. Sir-
viéndole perfectamente los espías, á quienes
pagaba bien, estuvo un dia á punto de coger
al mismo Papa, otro dia sorprendió y desbarató
las tropas pontificias, ocupadas en sitiar á Bastia
de Genivolo en el territorio ferrares. Alfonso,
duque de Ferrara, convencido como su poeta de que

El vencer siempre fué laudable cosa,
Vénzase por fortuna ó por ingenio (1),

ideó envenenar al Papa, pero Bayardo que lo
supo, se persignó mas de diez veces, recha-
zando en voz alta « tan negra traicion contra el
vicario de Dios en la tierra, » y obligó al duque
á desistir de tal pensamiento, amenazándole si no
con avisar al Papa.

Julio II quiso salvar los estrechos límites en
que se encerraba el papazgo, y formó una liga
santa con los Suizos, con Venecia y con Fernan-
do el Católico, para arrojar de Italia á los
Bárbaros. Los Franceses le opusieron á Gaston
de Foix, duque de Nemours, jóven de veintidos
años y sobrino del rey, que derrotó donde
quiera á los enemigos y sitió á Brescia.

La siguiente relacion de un testigo contem-
poráneo hará ver, á quien lo ignore, la manera
que se tenia entonces de guerrear :

» Cuando Andres Gritti supo que los Fran-
ceses debian ir á Brescia, empezó á dudar de sí
mismo, y se preparó á la defensa con la poca
gente que tenia consigo. Hizo derribar casi todas
las puertas, colocando guardias donde era pre-
ciso, y sobre todo no perdiendo de vista la
fortaleza, que ántes habia atacado y estrechado,
tanto con los baluartes exteriores que los Ita-
lianos habian construido sobre el monte, y que
luego los Franceses les quitaron á viva fuerza,
como con las muchas guardias y algunas de-
fensas interiores. No la supo separar de la ciu-
dad por medio de un foso, segun aconsejó al-
gun digno soldado, ofreciendo que así se sal-
varia la ciudad, si los enemigos, como parecia
razonable, venian á recobrarla, y así se efec-

(1.) Ariosto, *Orl. Fur.* XV.

tuára si el conde Aluise Avogaro, que en virtud
de los tratados gozaba de grande autoridad, no
le hubiera contradicho. Pues, para que sus cam-
pesinos no se fatigasen en cavar, expuestos al
peligro de la artillería de la fortaleza, decia que
no era menester abrir tal foso, y que sin la pér-
dida de tantos hombres como sucumbirian en
aquel trabajo, por otra parte costosísimo, se ga-
naria el castillo ántes que los Franceses pudie-
ran socorrerlo, impidiéndoselo á la sazón los
Españoles de la Romania. Como los Franceses
cercaban el país, no aproximándose á las mu-
rallas, era claro que se proponian entrar por la
fortaleza; así pues, reparó de repente el camino
que baja desde allí á la ciudadela, abriendo al
pié del monte un foso con sus diques, cuya cus-
todia encomendó á muchos soldados de á pié
y no pocos hombres de armas, á las órdenes
de Baldissera Scipione, hombre de gran valor y
digno de estar donde apremiase mas el peligro.
Tambien puso allí los infantes de la Romania,
pues se consideraban los mas valientes, distri-
buyendo el resto de sus tropas en otros puntos
de la ciudad y dejando en la plaza gran número
á caballo para acudir adonde se necesitasen
con mas urgencia. No fiándose de una parte del
pueblo, prohibió salir de sus casas, so pena de
la vida, á los que no quisiesen formar con los
soldados, y encargó á Juan Pablo Manfrone,
anciano muy autorizado, que animase á estos...

» Era el juéves siguiente al mártres de carna-
val, cuando Foix, haciendo desmontar unos
quinientos hombres de armas hacha en mano,
les mandó adelantarse desde el castillo contra
la ciudadela. Detras venia una numerosa tropa
de fusileros, los cuales disparaban crudamente
contra los nuestros, bajándose al suelo los
hombres de armas para que descargasen, y le-
vantándose en seguida. Al pié del monte encon-
traron el foso arriba dicho, no sin que nuestra
artillería les causase bastante daño. Podria
comparárseles á un muro movable, que bajaba
y subia con el mayor orden, para permitir á
sus fusileros tirar. Sin embargo, no hubieran
pasado mas allá del baluarte construido al pié
del monte, donde se combatia reñidamente, á
no ser la falsa sospecha suscitada entre los
Estradiotas de que los Franceses habian pasado
el foso y tomado la ciudadela. Esto les infundió
tal pavor, que yendo con el conde Aluise, el
cual temia por sí, á la puerta de San Lázaro, se
apoderaron de ella á la fuerza, empezando á
salir muchos Estradiotas. Monseñor de Allegre,
que se encontraba allí con bastante caballería,
italiana y francesa, viendo que aquellos salian,
no se opuso, é hizo entrar algunos de los suyos,
y cuando calculó que eran un número suficiente,
comenzó á atacar y matar á los Estradiotas,
quienes, agolpándose para huir, retardaban
verdaderamente su fuga y sucumbian sin de-
fensa.

» Luego que llegó á la plaza la noticia de que
se habia abierto aquella puerta, repitiéndose lo
mismo entre los que combatian al pié del

monte, el terror se generalizó. La infantería
fué la primera que abandonó los diques, y la
de los Franceses, que habia entrado ya toda
por la fortaleza, subió, siguiendo despues los
hombres de armas. Los Franceses se introdu-
jeron en gran número por la mencionada puerta,
y llegando á la plaza, se empeñó allí un reñido
combate, siendo en corto tiempo tal la matanza
que los caballos no tenian donde fijar el pié, y
caminaban por encima de los cadáveres. Muchos
soldados italianos prefirieron morir á quedar
prisioneros de los Franceses, imitándoles algu-
nos de la ciudad, que formaban en las filas de
los Marcheschi. No pudiendo el conde Aluise
atravesar la susodicha puerta, fué hecho prisi-
onero por dos soldados del señor Juan Jacobo
Triulzio, uno frances y otro italiano, que le co-
nocieron y presentaron á Foix, el cual le colocó
en el monasterio de Observantes de Santo Do-
mingo, con buena guardia.

» Perecieron muchos nobles, y especialmente
jefes de caballería ligera y no pocos valientes
Griegos; pero fué mucho mayor el número de
prisioneros de la nobleza..... Gritti, retirándose
de la plaza cuando la vió llena de enemigos, se
trasladó á la puerta de la ciudadela, donde Bal-
dassera de Scipione combatia aun con gran
vigor, aunque casi solo y herido en tres partes
del cuerpo. Despues que los enemigos tomaron
los diques, Baldassera se redujo á la puerta de
la ciudadela, defendiéndola incansable y con-
templando en torno de sí los cadáveres á mon-
tones. Cuando Gritti vió el altísimo valor de
aquel héroe, lloró de desesperacion y dijo : —
« Baldissera, con vuestra valentia y la de unos
» cuantos mas habria bastado para defender
» esta ciudad, si el desaliento de muchos y la
» fortuna no se hubiesen declarado contra ella.
» Cesad, ahora, de combatir; pues es vano
» vuestra porfia. Seguidme, y ceded á la per-
» secucion del Cielo, que nos es contrario. »

Baldassera no queria partir, diciendo que de-
bia continuarse peleando, en atencion á que
hasta el fin de las batallas permanecia dudosa
la victoria; pero instándole Gritti y refiriéndole
lo que habia pasado, dejó al fin dolorosamente
la puerta, y marcharon juntos á constituirse
prisioneros de monseñor Santa Colomba.

» Comenzó el saqueo; las puertas de las casas
vinieron abajo, y los enemigos, precipitándose
dentro, arrojaron por las ventanas á sus amos.
En pocas horas hubo por las calles de la ciudad
mas cadáveres brescianos que soldados; ¡tal
era el odio que les profesaban los Franceses!
Y de este modo recobraron á Brescia los Fran-
ceses, diez y siete dias despues de haberla per-
dido mediante un contrato, pereciendo en la
empresa mas de seis mil hombres, y siendo
saqueada de modo que no se libraron los mo-
nasterios ni las cosas sagradas; así el botin
ascendió á inmensas sumas. Créese que nin-
guna otra ciudad de los Venecianos, ni aun
quizá de Lombardía, excepto Milan, fuese en-
tonces tan rica como esta : es verdad que el

haber tenido los Franceses pocos carros (á causa
de su marcha rápida de Milan á Bolonia y luego
de Bolonia á Brescia) sirvió de mucho á la des-
venturada ciudad, pues no se pudo sacar de
ella cuanto se queria; sin embargo, en el tiempo
que duró el saqueo, que fué desde el juéves
hasta el domingo, empezando entonces los
Franceses á dirigirse contra Bohemia, debe
creerse que no omitieron ninguna clase de tor-
tura para descubrir la plata y oro, el dinero y
otros objetos preciosos y ocultos. Tampoco
dejaron de cometer actos deshonestos; por lo
cual se veian de continuo en la ciudad grandes
gritos de los que atormentaban y lastimeros
llantos de mujeres, muchas de ellas abrazadas
con los cadáveres de sus padres, hermanos
maridos, hijos. Gran parte de las cosas de la
ciudadela se salvaron por favor de los Gamba-
reschi, que al principio del tratado con los
Franceses se habian retirado á la fortaleza.

» Los soldados prisioneros se vieron libres por
un pequeño rescate, pues los Franceses estaban
hartos de botin, si bien enviaron á todos los
Venecianos á Milan, y á Gritti á Francia; pero
no permitieron rescatar al conde Aluise Avo-
garo ni le dejaron salir de Brescia. Anunciá-
ronle la muerte por medio de un fraile agustino
de la orden de Predicadores de Observancia,
dándole tiempo para confesarse y hacer de pa-
labra sus disposiciones. En seguida levantaron
en la plaza un gran tablado, al rededor del cual
se colocaron los hombres de armas, y á él
subió el infeliz conde. Pidió hablar en secreto
á Foix, y este, mandando que le bajasen, le
oyó á sósas. Dicese que el conde reveló muchos
tratados de que tenia conocimiento y que exis-
tian en muchas otras ciudades de Lombardía
contra los Franceses, esperando salvar su vida
y que le enviasen á Francia. Pero de nada le
valió; pues Foix, cuando le hubo oído, le con-
testó que subiese al tablado para morir como
traidor al rey. Monseñor Foix, habiendo sabido
despues, por el fraile agustino, que Avogaro
expresó el deseo de que se restituyesen algunas
de sus cosas, fruto de anteriores saqucos, y
que se diese dinero á algunos monasterios, lo
hizo así ejecutar. De este modo murió y fué
dividido en cuatro partes el conde Aluise Avo-
garo, en medio de la ciudad donde mandaba
poco ántes, y que le honraba y amaba entraña-
blemente. Hacía poco que los Venecianos le
habian escrito cartas, no selladas con plomo,
sino como se acostumbra escribirlas á los
papas y emperadores, con finísimo y pulido
oro. ¡Tan vanos son los honores de los hom-
bres, tan breves sus placeres, tan dañoso lo
útil á veces (1)! »

Bayardo habia sido de los primeros en el
ataque y cayó herido de una pica. Los suyos se
animaron á vengarle, y venciendo su resis-
tencia, le condujeron á una casa cuyo dueño

(1) *Cartas históricas de Luis do Porto.*